

ARTHUR SCHOPENHAUER Y LA PRIMERA DEFENSA FILOSÓFICA DE LOS ANIMALES

Vannya Isabel González Nambo
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Resumen/*Abstract*

Este trabajo intenta exponer la primera argumentación filosófica a favor de los animales. Su expositor, Arthur Schopenhauer, fue un pensador que de manera consistente y por más de tres décadas dedicó severas críticas a la forma de tratar a los animales no humanos por parte del hombre. Delató, entre otras cuestiones, el maltrato físico hacia estos, el poco reconocimiento dado a ellos, a pesar de ser necesarios para la prolongación de la vida humana, además de ser fieles compañeros del hombre y apoyo para sobrellevar el trabajo. Por ello, elaboró una propuesta completa en torno al trato que tales seres deberían recibir del hombre. Tal conlleva aspectos ontológicos, éticos, estéticos y hasta políticos, todo ello enmarcado dentro sus conceptos fundamentales, como fueron el de *voluntad* y *representación*. Las ideas de este pensador son tan actuales en este sentido que, de hecho, adelantó la teoría que se realizaría como práctica hasta el siglo XX.

Palabras clave: voluntad, representación, animales, reconocimiento, compasión.

Arthur Schopenhauer and the first philosophical defense of animals

This work presents the first philosophical defense of animals. For more than three decades, Arthur Schopenhauer raised severe criticisms against the way humans treated non human animals. He denounced, among other faults, physical abuse towards animals and the minimum recognition given to them in spite of the humans needs they

cover, their loyalty and the support they give to human work. He therefore elaborated a full proposal about the treatment they should receive from humankind. This comprises ontological, ethical, esthetical and even political considerations, arranged in relation to his fundamental concepts of will and idea/representation. The arguments presented foreshadow the theory that would be realized in praxis in the 20th century.

Keywords: will, idea/representation, animal, recognition, compassion.

Vannya Isabel González Nambo

Licenciada en Filosofía, Maestra en Filosofía de la Cultura, Estudiante del Doctorado Institucional de Filosofía en el Instituto de Investigaciones Filosóficas “Luis Villoro” de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Docente de nivel medio superior y titular de la cátedra *Sócrates: la oralidad de la filosofía*, en la Licenciatura en Filosofía en la UMSNH. Diplomada en Filosofía de la Educación, Certificada en Competencia por ANUIES, tutora en la Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña” de esta universidad.

Introducción

Arthur Schopenhauer fue un pensador alemán que desarrolló su pensamiento en el siglo XIX. Después de la Ilustración europea, acontecida entre los siglos XVII y XVIII, la vida tuvo un nuevo enfoque, el cual se orientó hacia la educación, el combate de la superstición y el rechazo a la religiosidad tradicional, aunado a esto el desarrollo de las ciencias. Frente a este mundo que se mostraba como prometedor, progresista y en el que el hombre se convertía en la nueva deidad dado que ya no solo conocía el mundo sino que manifestaba su intención de gobernarlo, no muchos querían oír lo que este pensador decía. Fue ignorado por décadas enteras, pero a finales de los 40 del siglo XIX comenzó a ser reconocido. De su pensamiento, mejor conocido como trágico y pesimista, aflorarían las primeras denuncias lastimosas y ampliamente argumentadas en la Europa cristiana acerca del maltrato y la crueldad humana hacia los animales, además del poco reconocimiento que los hombres hacían de los servicios y beneficios prestados por ellos. Sería la primera vez que un pensador de gran calado pusiera tanto énfasis en denunciar la inhumanidad de los hombres hacia este sector, mostrando con bastante amplitud que sería digno para nuestra especie revalorar tal situación.

En su sistema filosófico hizo partícipes a los animales del cosmos, no como medios, sino como integrantes. A pesar de que en extensión no parece dedicarles mucho, siempre los tuvo presentes en sus obras. Les otorgó intelecto o inteligencia y uso de conciencia; los hizo objetos de motivaciones; los consideró bellos objetos de la estética, portadores de derechos, dignos de respeto y aprecio, compañeros del mundo y amigos. Es esta perspectiva poco difundida de Arthur Schopenhauer la que se quiere mostrar en este trabajo para darnos cuenta de que había algo más que su afamado pesimismo.

El pensamiento schopenhaueriano: la voluntad hecha carne

Al menos la última década de su vida, nuestro pensador recibió algo de la fama que siempre ansió. Quienes lo visitaron en su hogar dejaron una descripción bastante vívida de su estudio personal y su recámara: una figura de Buda bañada en oro, un busto de Kant, otro de Wieland; retratos de Goethe, Shakespeare, Descartes, Claudius, su madre Johanna y un par suyos, además de una gran cantidad de imágenes de perros, por los que sentía un agrado inigualable, y varios grabados animales.¹ De hecho, gustaba más de estar en compañía de su can que de los hombres; afirmaba que si no hubiera perros en el mundo, él no hubiera querido vivir, pues era lo que le vinculaba a este.²

Los temas que él trató hicieron eco cuando su voz comenzó a ser escuchada. Así, la denuncia no se hizo esperar y junto a su teoría de la voluntad aparecía el clamor del indigno trato a los animales. ¿Qué sostenía dicha teoría? Para comenzar, nuestro autor fue una figura anómala de su tiempo, tanto, que algunos historiadores de la filosofía lo ignoran, como si no hubiera existido. Su tónica y temática planteaban algo sobre lo que el hombre no tenía dominio, que subyacía a todo lo existente, pero de manera velada, inadvertida y que era capaz de crear el espejismo de un mundo ordenado y racional: la voluntad.

Dentro del pensamiento schopenhaueriano la voluntad era la fuerza creadora y regente del universo. Contraponiéndose a siglos de tradición, concebía a esta fuerza como completamente libre e independiente, la Fuerza Cósmica originaria y prístina, y no ya como una facultad humana subordinada a la razón. Ya hacia el siglo XVII Descartes había analizado que dicha “fuerza” era más extensa en su influencia que la razón. Dicho esto, se asentó la base de esta teoría: la voluntad es el origen de todo. Después, el alemán nos habló de una gradación a través de la cual esta fuerza se manifestaba e iba creando el mundo físico: desde la materia inerte, las plantas, los animales y, finalmente, el hombre. Todo lo que existía era producto de

ella, incluidas la razón y la inteligencia, cuyos objetivos estaban centrados en la sobrevivencia de la especie. Concebido así, el cosmos fue visto como producto de un constante e infinito ciclo en que la voluntad se reinventaba; tomaba una y mil formas distintas en un eterno renacer al que llamó palingenesia. Debido a esto, todo, sin excepción, poseía la misma esencia; desde la piedra hasta el animal o el hombre, compartían lo que eran. El segundo punto importante es este: todo tiene el mismo rango de dignidad porque todo tiene el mismo inicio, la misma esencia, esto es, voluntad. Lo que este autor quiso hacernos saber era que existía un afán universal por la prolongación de la existencia, presente en los seres de todos los reinos, aunque fuera solo en algunos donde este se hiciera patente. Schopenhauer recibió la influencia del hinduismo y del budismo conocido en su tiempo. El siglo XIX marcó en Europa la revaloración de algunas doctrinas orientales, como las mencionadas, en un contexto bastante cerrado debido al cristianismo y a todas sus denominaciones, las cuales, a decir verdad, fueron sobremanera intolerantes. Gracias a este hombre, las doctrinas orientales comenzaron a ser más atractivas y se revaloraron algunas de las malas conductas tenidas hasta ese momento, como el tema que ahora tratamos. Si bien recibió la influencia de ambas corrientes, no fueron ni el hinduismo ni el budismo incipientemente conocidos en ese tiempo los que determinarían su pensamiento, aunque debe hacerse notar que encontró apoyo en ellos. Veremos a continuación el lugar que les otorgaba a estos seres dentro de su filosofía.

Los animales y la representación

Todo lo existente tenía como origen la voluntad. Ella era una fuerza metafísica, universal, inconsciente, irracional, causa del mal y del dolor; era la cosa en sí, la esencia del mundo. Cuando esta se encarnaba y producía el mundo físico, se dice que se objetivaba. De ahí surgen los tres grandes reinos –mineral, vegetal y animal–, pero solo en el último la voluntad adquiriría una

nueva faz: la representación. Dicho así, los reinos mineral y vegetal solo eran, existían y en ellos no se daba ningún afán de conocimiento.

La representación era la forma de captar la realidad. Se necesita del surgimiento del cerebro y sus funciones básicas (conciencia e intelecto o inteligencia) para que pudiera brotar. Por ello, esta únicamente se desarrollaba en el ámbito animal, por lo cual abarcaba el amplio espectro de seres que caían bajo dicha clasificación, incluido el hombre. Conocer el mundo no equivalía a acceder a la “Realidad”, sino captarlo a través de una perspectiva subjetiva, parcial, limitada. De ahí el inicio de su obra cumbre: “El mundo es mi representación”.³ Esto era lo único a lo que era posible acceder, ya que no se podía conocer el mundo *de facto*, sino que este era interpretado, reconstruido a partir de la propia subjetividad, de un particular punto de vista, que daba paso a una propia y única representación del cosmos. No sería lo mismo ver el mundo con ojos de hombre, mujer, felino, cánido, cetáceo o de un insecto, habría diferentes perspectivas y a esto se refiere la frase. Representarse el mundo sería lo que nosotros llamamos “conocerlo”.

Con el cerebro nacería la representación. El reino *animalia* era el estrato del cerebro. Con este órgano se “conocía” el mundo y, para ello, se habrían desarrollado en él variadas funciones cuyo objetivo era garantizar la sobrevivencia de la especie; entre ellas se encontraban la conciencia y la inteligencia o intelecto. Esto llevó directamente a algo que Schopenhauer asumió y exhibió de entrada, muy a pesar de que contradecía toda una tradición: ser animal –sin importar cuál– significa tener conciencia e inteligencia. Esta correspondería al tercer postulado relevante de nuestro autor en torno al tema que tratamos.

Quizás la anterior afirmación le haya valido, más que otras, el rechazo de sus contemporáneos. ¿Qué implicaría asumir que una cucaracha, un cerdo, una rata o un pollo, por ejemplo, tuvieran las mismas capacidades que el hombre? La respuesta es muy sencilla, pues significaría que el humano no era tan distinto de los otros animales y que esa superioridad humana se encontraría más en la imaginación y el ego que en la

realidad. ¿Sería fácil aceptar semejante desafío cuando el ser humano ha creído lo contrario por milenios? Probablemente, no. Pese a que muchos no lo tomaron en serio y otros consideraron sus afirmaciones como algo fuera de lugar, como una broma, una excentricidad tomada de religiones extrañas y paganas, en términos cristianos, no solo lo dijo, sino que lo aceptó y lo difundió, al grado de afirmar en su obra capital:

La materia originaria ha debido sufrir una larga modificación antes de que pudiera abrirse el primer ojo. Y la existencia del mundo depende, no obstante, de ese ojo, así sea el de un insecto, pues es el intermediario forzoso del conocimiento (...). El mundo entero depende del primer ser consciente (...).⁴

Así pues, analicemos cómo los animales tendrían conciencia e inteligencia. De entrada, el término de ‘conciencia’ remitía al estado de reconocimiento del propio status emocional, físico y de relación con el mundo. Para nuestro autor, la conciencia se dividía en dos. La primera era la conciencia exterior o *de otras cosas*, que era la que se dirigía hacia afuera, al mundo físico y era la más desarrollada en el mundo animal.⁵ Este tipo era el que se ejecutaba cuando los animales se relacionaban con su entorno y en la que se aplicaba, por ejemplo, desde la identificación de un lugar seguro o una situación alejada de peligros y cómo reaccionar frente a ellos si aparecían, determinar qué cosas servirían de alimento, hasta la memoria de supervivencia que se iría guardando y a la que bien podríamos llamar “instinto”. Los animales reaccionarían al clima y a los riesgos; desarrollarían formas específicas de actuar que transmitirían a sus crías y de las que por cierto seguimos creyendo que son meramente instintivas, queriendo significar por ello una ausencia completa de inteligencia o elección. Si pensamos en los animales que migran, como las mariposas monarcas, esto se vería reflejado en el reconocimiento de las condiciones adversas que amenazan su existencia y que indicarían a las especies la necesidad de un cambio de hábitat, que no sería muy diferente de las migraciones humanas por motivos de sequía o guerra, como los desplazamientos de Siria o Libia, o la salida de los juarenses de su ciudad natal. En cuanto al segundo

tipo, trató de la *autoconciencia* o conciencia del yo, interna y dirigida hacia nuestro ser y voliciones, al querer, y abarcaba los afectos, las pasiones, así como la captación del placer y el dolor.⁶ Si bien se podría ceder ante la idea de que los animales poseerían, ciertamente, el uso de la conciencia exterior, sería más complicado el asentimiento hacia la aceptación de la autoconciencia animal.

Algunas objeciones podrían ser que los animales no reflexionan sobre su existencia, no saben qué quieren, no deciden, sino que actúan por puro instinto; los animales no tienen emociones, por lo tanto, para ellos no hay tal cosa como el amor, el odio, el duelo, la tristeza o la alegría. Tendríamos que responder que a esto no se ha podido dar respuesta definitiva, pues en el transcurso de los siglos XX y XXI se han podido revelar maravillosas experiencias que bien muestran lo contrario de estas ideas: la capacidad de algunas especies, como el delfín, para realizar acciones en grupo, como comunicarse o cazar, entre otros ejemplos, dando muestra de que sus actos no son tan inconscientes;⁷ el descubrimiento de la capacidad de mentir o de pretensión en varias especies, como chimpancés, pulpos, zarigüeyas y otros; la elaboración de rituales que realizan elefantes cuando un miembro de la manada está enfermo o muere,⁸ o las mascotas de la familia cuando parecen decidir con quién portarse mal; cuervos que solucionan problemas, como sacar comida de un tubo con agua subiendo el nivel de esta con piedrecitas; perros que, una vez fallecidos sus amos o sintiéndose abandonados, mueren al poco tiempo, emulando el “síndrome del corazón roto” en los humanos. Podríamos ejemplificar al infinito sin acuerdo. No obstante, hay puntos que sí podemos dar por sentados: el animal siente hambre y busca de comer; despierta su instinto sexual y busca aparearse; se sabe en peligro y lucha por su existencia. ¿Alguien podría negarlo? ¿Y no es lo mismo que hace el humano?

No obstante, podríamos ceder ante la afirmación de que no todos los animales tienen el mismo desarrollo, como ya nuestro pensador sostenía. Empero, no podremos negar, existen animales que actúan por decisión, esto es, por motivos, al igual que los hombres, como también ya lo afirmaba

Schopenhauer. Ejemplos de esto ya han sido documentados: el gorila Jambo del zoológico de Nueva Jersey, que en 1986 custodió a Levan Merritt, de 5 años de edad, quien había caído en su recinto; la leonesa que estropeó el ataque de un león a uno de los cuidadores, mostrado esto en un video publicado en internet el 8 de septiembre de 2005; la leona Maniari que en la serie “Grandes Documentales: Leona en el exilio” del canal Nat Geo realizado en 2012, huyó de la manada con sus crías ante la inminente derrota del macho alfa, para evitar que sus cachorros fueran asesinados; vélgase mencionar los maravillosos trabajos de César Millán y Jackson Galaxy, quienes han mostrado cómo caninos y felinos pueden modificar su conducta al cambiar aspectos de su entorno, igual que los humanos. Dentro de la filosofía schopenhaueriana, la conciencia es la capacidad de captar el entorno, al igual que el reconocimiento de lo que sentimos y queremos, lo cual, debemos aclarar, no lleva de la mano la reflexión ni el autoconocimiento.

Por otro lado, en cuanto a la inteligencia o intelecto, la situación no sería muy diferente. El alemán concebía a la inteligencia o intelecto como la capacidad que poseía todo animal de desarrollar medios que garantizaran su sobrevivencia; era el conocimiento de lo empírico, la captación de la causalidad y su aplicación para garantizar la sobrevivencia.⁹ La inteligencia estaría íntimamente relacionada con la conciencia. En este caso, nuestro pensador usó como sinónimos ‘inteligencia’ e ‘intelecto’, pero no ‘razón’. En lo que corresponde a la última, la pensaba como una facultad cien por ciento humana que no era, por lo tanto, compartida con los otros animales. En esta veía la capacidad de abstracción del ser humano, cuya función era la creación de conceptos y de un plano proveniente, mas no dependiente, de la realidad: la lógica, el lenguaje, las ciencias, las artes, la religión, la filosofía, etc., con lo que surgía la cultura y la sublimación del hombre.¹⁰ Así, inteligencia y razón eran dos habilidades separadas, aunque ambas residían en el cerebro animal. Era así que la inteligencia se revelaba en los animales: aprendizaje de trucos, capacitación para la identificación de drogas o cuerpos sepultados bajo los escombros, como guías de invidentes, previsores de ataques epilépticos, identificación de ciertos tipos de cáncer,

el tratamiento del autismo; la aplicación de técnicas sofisticadas de caza; uso de objetos humanos, como inodoros, pinceles, manijas; desarrollo y uso de herramientas simples...

A continuación se recapitularán las ideas de Schopenhauer en este punto:

- Los animales son expresión de su voluntad, la cual se manifiesta en el carácter propio de cada especie.¹¹
- Ellos son conscientes de su propio placer y dolor, puesto que lo sienten, aunque su conciencia sea plenamente inmanente.
- No cabe en estos nada superfluo, son una plena manifestación de la misma voluntad que creó al hombre.
- El intelecto o inteligencia es un medio de conservación que los animales son igualmente capaces de usar.
- Son obras perfectas de la naturaleza.
- Al ser entes de representación, son seres de conocimiento.
- Algunos entre ellos son tan sagaces que, al ser domesticados, dan muestra de una comprensión desinteresada del mundo, la cual emula a los hombres que han dejado de lado su egoísmo.
- Conforme se desarrolla su inteligencia, llegan a gozar de una percepción clara y distinta, capaz de desarrollar medios que satisfagan sus necesidades o sus deseos.
- Conocen el mundo, lo sienten, lo perciben y quieren, y llegan a ser capaces de expresar sus estados interiores.
- Llegan a ser prudentes, sagaces e inventivos.
- Gozan de recuerdos, fantasía y experimentan sueños al dormir, como los humanos.
- La destreza y el “instinto” animal son una muestra de que el conocimiento racional no es necesario para la sobrevivencia.
- Manifiestan actos y costumbres.
- Todos los animales sienten dolor.¹²

Entre las anteriores afirmaciones hay varios temas involucrados. Tanto se encuentran los de índole epistemológico, al concebir a los animales como sujetos de conocimiento, con capacidades intelectivas como la conciencia y la inteligencia, al igual que del orden de lo ontológico, al establecer que su esencia y la humana es la misma, como de grado psicológico al establecer la expresión de sus sensaciones internas, y hasta éticas, cuando nos habla de la conducta. La propuesta de este pensador es amplia.

Las relaciones entre los hombres y el resto de los animales

Para nuestro autor, el hombre es el lobo del hombre, como lo sostuvieron Plauto y Hobbes antes que él. Se le ha tildado de misántropo, odiador de hombres, con lo cual no estuvo de acuerdo:

El conocimiento de la sentencia de Plauto ‘homo homini lupus’, que en los demás es esporádico, en mí se basa en un instinto vital. Y así como a las bestias peligrosas se las teme pero no se las odia, así me porto yo con los hombres. No quiero ser un μισάνθρωπος¹³ sino un καταφρονάνθρωπος^{14, 15}.

Su visión del ser humano no era muy esperanzadora. Veía en esta especie la peor cara de la voluntad. Esto debido a que creía que en ella se encarnaba el mal del mundo, pero esta lo infligía a propósito, esto es, el “humano” hace el mal y lo desea a conciencia. Reclamaba a la naturaleza ser tan avara en cuanto a la producción de hombres de bien, por ejemplo, santos y ascetas, genios, héroes o personas compasivas, lo cual no ha recibido ninguna refutación, puesto que toda la historia y en mayor parte la del siglo XX y XXI, da muestra de la razón de su reclamo, ya que el egoísmo humano es tan desmedido que ha mostrado en dicho tiempo su peor faz: va camino a la autoeliminación y a millones parece no importarles mientras tengan comodidad o una ganancia, como se ve ahora en la problemática del calentamiento global, *ex. gr.*

En la filosofía de Schopenhauer el egoísmo era la característica de la vida. La doctrina o postura del “yo” era tan natural, que se reflejaba aun en lo inorgánico, en una búsqueda pujante de la individualidad. Al ascender en la “cadena evolutiva”, el reino vegetal ya poseía una manifestación más clara de dicha búsqueda, dada en la diversidad de especies y, finalmente, en el reino animal se daba la explosión de la individualidad: cada especie animal actuaría de forma distinta e incluso el carácter de cada individuo llegaba a ser irrepetible. Sin embargo, en el humano el egoísmo cobraría tintes tan complejos que iría más allá de la búsqueda de individualidad y llegaría a niveles inconcebibles, cruentos e inmorales que excederían a su propio ego: el sadismo, el afán de poder, la megalomanía y la perversión, por mencionar algunos. Así pues, decir “ser humano” en la teoría de la *voluntad* y la *representación*, era afirmar el predominio del egoísmo a niveles superlativos. En este contexto, la razón no correspondería con la esencia del hombre, sino que se volcó en una simple herramienta que, dependiendo de las capacidades morales y la personalidad, el carácter de cada sujeto, se usaría tanto para el bien y la creación, como para el mal y la destrucción. El hombre se convirtió en el centro del mundo a partir del uso de su razón, pero el predominio de esta función se habría dado teniendo al egoísmo como sustrato, de ahí tan funestos resultados.

¿Cuál sería la relación entre el ser humano y los animales? De acuerdo con lo ya mencionado, precisamente estaría revestida de egoísmo, abuso y destrucción. Nuestro filósofo no negaba la existencia de personas buenas, es más, para él, el ser humano por antonomasia era el hombre caritativo, el compasivo, aquel capaz de mostrar su apertura al sufrimiento del otro, el que evitaba ser motivo de dolor para terceros y extendía esta misma práctica a todo lo existente. De aquí su estimación hacia el budismo y el hinduismo, religiones que sí contemplaban a los animales dentro de su concepción del mundo y prohibían su maltrato. No obstante, no se puede negar la realidad: personas compasivas hay pocas, por ello sufren no solo los animales, sino los mismos hombres.¹⁶

En la teoría de la voluntad, debido a la propia naturaleza de la vida, vivir equivalía a sufrir.¹⁷ Para que el ciclo siguiera y la vida continuara, se requeriría que muchos seres murieran en vistas a que otros vivieran, lo que la ciencia ha despersonalizado con el término de “cadenas tróficas”: muchas madres animales tendrían que ver a sus crías ser devoradas en aras de esta continuidad; luchas encarnizadas por la vida, a veces entre la misma especie; la invasión de microorganismos a macroorganismos, como los virus y las bacterias, en una lucha cruenta –VIH, influenza, ébola, peste negra...–, así era y no requería de la humana aprobación. No obstante, ¿qué hay de aquel sufrimiento innecesario, injusto, inmoral que el “humano” inflige a otras especies? A diferencia de la Alemania del siglo XIX, hoy contamos a nivel mundial con un medio en el que podemos apreciar y despreciar actos vergonzosos de este tipo: el internet y algunas páginas de difusión de la información.

En su tiempo, Schopenhauer levantó la voz sobre el vasallaje contra estos seres desprotegidos. Entre otros ejemplos, denunciaba las peleas de animales,¹⁸ las prácticas científicas que los usaban,¹⁹ su azote al usarlos como medio de transporte,²⁰ sin dejar de mencionar el poco reconocimiento dado a estos a cambio de su trabajo, su apoyo y su compañía. Lo cierto es que todo lo que este pensador haya denunciado es poco en comparación a lo que vemos ahora a través de los medios concentrados en internet, incluso en tiempo real. No se trata de que previamente los actos crueles que vemos no existieran, sino que la difusión de la información era muy limitada. Ahora podemos ver y repetir las veces que queramos el “espectáculo” de cachorros lanzados a cocodrilos, desollamiento de especies para fabricar abrigo de pieles, la elaboración de embutidos con animales vivos arrojados a los molinos, el uso de estos con “fines científicos” y más, que si nuestro pensador pudiera presenciar, quizá lloraría de rabia e impotencia. Por lo anterior, podemos comenzar a comprender sus reservas a la propia especie. No por nada afirmó: “Para ser sinceros, los seres humanos son los diablos de la tierra y los animales las almas atormentadas”.²¹

A Schopenhauer le parecía completamente indigno que el reino animal fuera considerado como simple medio, como cosa. Exhibió que el tener uso de razón no era condición necesaria ni suficiente para que un ser fuera considerado moralmente, esto es, que solo se velara por la dignidad e igualdad de aquellos que pertenecían a la misma especie, sino que sostenía que, por el mero hecho de existir, cualquier viviente era digno de ser conservado y respetado, por lo cual clamó que el verdadero fundamento de la moral era la compasión.²² Le parecía del todo repudiable y desdeñable que a través de la religión se difundiera este trato inhumano, como fue el caso del judeocristianismo, cuando fue expresado en el Génesis:

Y dijo Dios: 'Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra. (Génesis 1:26)

Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: 'Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra. (Génesis 1:28)

Dijo Dios: 'ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será de alimento. (Génesis 1:29)

Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a toda serpiente de sobre la tierra, animada de vida, toda la hierba verde les doy de alimento'. Y así fue. Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien. Y atardeció y amaneció: día sexto. (Génesis 1:30).

A este llamado de atención incluyó a la misma filosofía. Declaró que en dicha área era aceptada la distinción entre el hombre y el animal, haciendo manifiesto el abismo de consideración de unos hacia los otros. Dicho divorcio estaba tan arraigado que salía a flote en el lenguaje, estableciendo *de facto* la discriminación y la distinción entre lo humano y lo animal: embarazada-cargada, brazos/piernas-patas, boca-hocico, comer-tragar, educar-amaestrar, acostarse-echarse, razón-instinto, hacer el amor-aparearse...²³

El sufrimiento ha sido parte inherente y consustancial de la existencia, pero el sufrimiento gratuito infligido a otro ser fue considerado como in-

moral para nuestro pensador. En su teoría, el hombre, máxima objetivación de la voluntad debido a la conciencia y la razón, es el que habría de redimir todo lo existente, incluidos a los otros animales. Solo en este sentido tendría justificación el sacrificio animal, en tanto el humano realizara dicho trabajo. En caso de que este sufrimiento se pudiera evadir, se debería cuidar al máximo evitarles el dolor, como a los animales usados para alimentación, pero sin dejar de reconocer que, si no fuera por su sacrificio, el hombre moriría, así que les debe, en cierta medida, la vida.

Otros aspectos abordados

Como ya se había mencionado, a pesar de que en extensión no parece dedicarles mucho, Schopenhauer no olvidó a los animales, a los cuales mencionó en muchos pasajes de sus obras, entre publicaciones y notas personales. Los concebía como parte del mundo y no como simples medios.

Otro de los ámbitos relacionados fue el arte. Según nuestro autor, la primera objetivación de la voluntad eran las ideas. Retomó para ello la concepción de Platón. De acuerdo con esto, las ideas serían la primera transformación de esta fuerza constituyente del mundo, pero en este caso, lo que conformaba era de orden espiritual, no material. Se constituyeron así las imágenes modelo con base en las cuales surgirán las cosas en el mundo físico. Estas ideas serían modelos perfectos de lo que después existirá; entre ellas, estaba la idea del animal. Al igual que la del hombre, la idea del animal era eterna y perfecta.²⁴ Dicho modelo podía ser captado por un genio y plasmado en una obra de arte, a través de la cual se reflejaría el carácter del ser en cuestión y sería expresado en las diferentes categorías artísticas. Una característica que Schopenhauer les atribuía era la gracia. A esta la concebía como la manifestación perfecta y justa de la posición y el movimiento, que iba de la mano de la armónica y regular construcción del cuerpo. Se relacionaba directamente con la belleza del cuerpo y solo el hombre y los animales la poseían.²⁵ Opinaba que todas las cosas naturales eran bellas;

como los animales eran parte de la naturaleza, por tanto, eran bellos.²⁶ Se sabe que disfrutaba de las pinturas y grabados animales.

Otra esfera más fue la eudemología. Ella constituyó su propuesta ética madura, con la que deseaba establecer una vía para soportar lo menos turbulentamente posible el paso por la existencia. El objetivo de esta era resistir, sin sucumbir a voluntades más fuertes que la propia o sin recurrir al suicidio. El reto era entonces, soportar el periodo de la representación, que iniciaba con la vida y culminaba con la muerte. Retomó a Aristóteles e incluyó tres ejes de la existencia: lo que *uno es*, lo que *uno tiene* y lo que *uno representa*.²⁷ Lo primero era lo más importante; lo segundo, bienes que podrían ayudar a sobrellevar la existencia; lo tercero, completamente insustancial. En lo que *uno es* se contaba la personalidad, el ánimo alegre y otros. En lo que *uno tiene*, consideraba los bienes en un amplio sentido –incluido el dinero como lo material, muy útil en la vejez–, o los apoyos para la vida –como los amigos–. Por muy pesimista que pareciera este autor, creía que la felicidad sí era posible, al igual que la amistad.²⁸ A la felicidad la pensaba como llevar una vida con la menor cantidad posible de sufrimientos, mientras que a la amistad la veía como ese lazo emocional que hermanaba a los seres. Lo interesante de la última era que no la restringía a los humanos, sino que la extendía a los animales. Valga señalar que tenía gran predilección por los perros:

El perro –dijo Schopenhauer– fue propiamente y en su origen un animal depredador. El hombre se lo apropió y lo educó e hizo de él lo que es ahora, un manso animal doméstico. Si no hubiera perros –añadió–, yo no querría vivir.²⁹

A lo anterior agreguemos otras ideas. Un perro le parecía un ser capaz de dar lo que en ocasiones un humano no podía, pues además de buena compañía, era idóneo para combatir el vacío causado por la soledad. En otras cuestiones, consideraba a los canes como poseedores de cualidades intelectuales y morales capaces de producir alegría y satisfacción al hombre,³⁰ debido a la transparencia de su ser.³¹ El can, afirmó, era un compañero fiel, afectuoso y dócil.³²

Diferencias entre el hombre y los animales

A pesar de ser ferviente denunciador del maltrato animal en el papel y la oralidad, no hay que ocultar que, como hombre que era, también tuvo prejuicios. A continuación se mencionarán las diferencias que él encontró entre los hombres y los animales no humanos, en las cuales veremos reflejados algunos prejuicios que son vigentes a la fecha y que no eran precisamente de su autoría, sino de toda una tradición cultural. Ambos, hombres y animales, tenían uso de conciencia e inteligencia, pero la razón era exclusiva del hombre. Mediante ella, el hombre habría adquirido las ventajas que le habían hecho la especie “dominante” y le habría llevado a crear el lenguaje, la reflexión, la preocupación, la intención, la premeditación, la acción planeada, el Estado, las ciencias, las artes, etc. La razón conllevaría una capacidad de abstracción cuyas producciones serían los conceptos.³³ De aquí que mientras el hombre pudiera moverse en diferentes temporalidades,³⁴ los animales vivieran limitados al entorno intuitivo.³⁵ Además, mientras el *homo* se comunicaba a través de un lenguaje elaborado, el animal lo hacía con gestos y sonidos inarticulados.³⁶ Otra distinción era que el ser humano tenía conciencia de la muerte, mientras el animal solo la conocía cuando esta se realizaba.³⁷ También estaba la personalidad; en la especie humana cada individuo poseía su propio carácter, mientras que el del *zoon* correspondía y era dado por la especie;³⁸ por otro lado, este último tenía como ventaja que su satisfacción era más concreta y fácil de realizar –alimentación, seguridad, reproducción– ya que el *homo* debía enfrentar mayores inconvenientes,³⁹ así que los sufrimientos humanos serían mayores a los del animal, puesto que este carecía del pensamiento de lo ausente, de preocupación y de miedo, puesto que no poseía reflexión.⁴⁰ Por lo antes mencionado, los animales serían despreocupados, tranquilos, además que sus energías vitales se dirigirían al afán de placer y bienestar físicos.⁴¹

Precisamente esa total absorción en el presente propia de los animales contribuye en gran medida a la alegría que nos infunden nuestros animales domésticos: son

el presente personificado y en cierta medida nos hacen sentir el valor de cada hora libre de carga y turbación, mientras que nosotros la mayoría de las veces la sobrepasamos con nuestros pensamientos y la dejamos que pase desapercibida. Pero la mencionada cualidad de los animales de satisfacerse más que nosotros con la simple existencia es objeto de abuso por parte del hombre egoísta y sin corazón.⁴²

Quede claro que, a pesar de sus prejuicios, tenía la mente abierta. Siempre estuvo al día en los avances científicos y, frente a las pruebas, no dudaba en expandir sus propuestas. Así, dijo:

También se está dedicando mucha atención a la supuesta vida espiritual de los animales. ¡Qué observaciones tan interesantes se han hecho en las ratas! Ya sus ojos inteligentes revelan un intelecto poco común. Se cuentan muchas cosas de su listeza y astucia.⁴³

Entre 1854 y 1856, pocos años antes de su muerte, Schopenhauer vio a un orangután en una feria. Lo tenían enjaulado. Lo vio comer con cuchara y al acercarse demasiado para verlo, el antropoide abrazó al filósofo. Lo visitó las veces que le fue posible y lo cautivó su mirada, en la que no veía reflejado ningún atisbo de malignidad ni de irracionalidad. Luego de este encuentro, concluyó que los animales, al igual que los hombres, podían llegar a engalanarse con las más altas virtudes morales. Se podría decir que él se hubiera maravillado con la información a la que hoy accedemos sobre las capacidades que se están reconociendo en ellos, la cual, valga señalarse, no contraviene en lo mínimo sus planteamientos.

La propuesta de Schopenhauer para los animales

Ahora contemplaremos cuáles fueron las peticiones que este pensador dirigió a los hombres para que fuese mejor la situación de estos compañeros de mundo. Aunque ellas van desde la metafísica, la política o la ética, no las mencionaremos por ámbito, sino que las enunciaremos de manera general. Así pues, a manera de listado, lo que estableció fue lo siguiente:

- Los animales deben ser concebidos con una esencia sustancial, igual que el hombre, pues es la misma en ambos: voluntad. Lo anterior significa que su existencia no es una mera nada,⁴⁴ sino igual de sustancial que la humana, por lo cual el trato que se les brinde debe corresponder a ello.
- Debe pensarse en ellos como seres dignos de la simpatía y del amor de los humanos.⁴⁵
- Deben ser considerados como seres conscientes e inteligentes que comparten con los hombres los misterios de la existencia.⁴⁶
- Deben ser reconocidos como seres que experimentan los mismos afectos que los hombres, los cuales comparten al igual que la esencia.⁴⁷
- Tienen que ser vistos bajo el fundamento de la moral, que es la compasión, para así ayudarlos y eliminar las causas del sufrimiento que procedan de la especie humana.⁴⁸
- Los huecos dejados por la religión deben ser llenados con legislación para que los hombres no abusen de estos seres que están desvalidos ante la maldad humana.⁴⁹ Ellos no deben ser expuestos a sufrimientos innecesarios ni desproporcionados, aunque lo ideal sería que no sufrieran. Se les debe justicia y protección, por lo cual se les debe considerar como sujetos de derecho.⁵⁰

Después de estas menciones, nos permitiremos retomar unas consideraciones acerca de la compasión. Sus sinónimos son ‘piedad’ y ‘conmisericordia’. Schopenhauer veía en ella el verdadero motor de la moral, puesto que llevaba a acciones desinteresadas y, por lo tanto, no egoístas. Como el hombre poseía un uso de conciencia más desarrollado que, aunado al uso de la razón, daba como resultado que la especie humana fuera aquella capaz de resarcir el daño y el sufrimiento que el vivir pudiera causar a los seres, era su obligación ser piadoso con todo lo existente. No hay explicación de por qué la vida sea así o, más bien, las facultades humanas no serían suficientes para entenderla. Pese a dicha ignorancia, al llevar a la práctica la compasión, el individuo tendría como obligación oponerse a causar sufrimiento a los otros, ya fuera físico, moral o espiritual; de la misma

manera, abstenerse de cometer injusticias y ser capaz de acceder al dolor ajeno⁵¹ para derrumbar la barrera yo-otro; la conmiseración, al no limitarse a los seres humanos, pues los animales también sufrirían, se extendería a todos los seres vivos, por lo cual era un firme y seguro aval de la conducta moral, con lo que podría prescindirse de normas externas toda vez que esta se hubiere arraigado en los individuos.⁵² A la par, la compasión sería un antídoto contra la ira, un medio para hacer que aflorara la bondad de carácter y de justicia en los hombres buenos.⁵³ Podemos englobar su petición en unas cuantas palabras: ¡que se proteja y respete a los animales!

Arthur Schopenhauer no realizó ningún tipo de activismo para defenderlos. Su lucha fue ideológica y desde sus escritos, de los que sí hubo eco después de 1840. En su edad madura, sintiéndose desilusionado de su propia especie, se hizo de un perro y ya no vivió más sin la compañía de un can, aplicando aquella famosa frase del heleno Diógenes el cínico: “Entre más conozco a los hombres, más quiero a mi perro”. Sus ideas no solo fueron para el papel, sino para la vida, al menos en este punto. Su último perro fue Atma. En su testamento asignó una renta vitalicia a su ama de llaves, Margaret Schnepf, la cual sería efectiva bajo una condición: cuidar de Atma hasta que muriera. Así se ejecutó. No se sabe más allá de la muerte del filósofo, acaecida en 1860, sino que la mujer asumió su obligación; se mudó de ciudad y se llevó consigo a Atma, al cual parece se refería como “niño”. No se sabe qué fue de ambos, pero lo que sí se puede asegurar es que este hombre no quiso que su perro sufriera contingencias a su muerte e intentó dejarlo protegido; más ya no podría hacer.

Conclusión

Schopenhauer fue el primer filósofo en hacer una denuncia plena y argumentada acerca del indigno trato que los animales recibían del hombre. Comenzó desde la elaboración de su obra principal, entre 1813 y 1814, antes de que las sociedades protectoras de animales se constituyeran,⁵⁴ cuando

recién se había elaborado la primera ley para proteger a los animales de carga,⁵⁵ antes de Darwin y su teoría de la evolución de las especies.⁵⁶ No se ha aceptado abiertamente su influencia, pero sus ideas dan muestra de cómo estos seres comparten con los hombres el mismo mundo, la misma vida, por lo cual no solo eran compañeros de casa, como mascotas, sino compañeros de la sobrevivencia, en la inteligencia, y hasta en los derechos. Desafortunadamente, la tarea pedida por él no es nada fácil, pues parece que el hombre no solo es enemigo de la naturaleza y de las otras especies, sino de sí mismo. Este trabajo se cerrará con unas palabras que al parecer el filósofo recitó durante las noches en los últimos años de su vida: *Que todos los seres vivos permanezcan libres de dolores.*⁵⁷

Notas

¹ Luis Fernando Moreno Claros, *Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre la vida y la obra del filósofo pesimista*, Barcelona, Acantilado, 2016, pp. 228, 250.

² *Ibid.*, p. 133.

³ Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, México, Porrúa, 2013, p. 21.

⁴ *Ibid.*, §6.

⁵ “Sobre la libertad de la voluntad” en Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 63-100.

⁶ *Ibid.*, pp. 50-62.

⁷ Véanse las investigaciones dirigidas por el Doctor Jason Bruck, de la Universidad de Chicago, las cuales revelaron en 2013 que los delfines poseen una memoria a largo plazo, capaz de reconocer a un individuo luego de 20 años de no verle; también la investigación realizada por el Doctor Vincent Janik, de la Universidad de Saint Andrews, en Escocia, quien identificó en 2013 que los delfines eran capaces de emitir sonidos diferentes para referirse a otros de su especie y responder a un determinado sonido, que los investigadores identificaban como su “nombre”; de igual manera, el estudio que se realizó en el mismo año en el Centro de Investigación de delfines de GrassKeys, Florida, en el que se arrojó la información de que los individuos de esta especie puede resolver problemas como los humanos, a la par que poseen la capacidad para tomar decisiones y no reaccionan por puro “instinto”.

⁸ Iain Douglas-Hamilton, de la Universidad de Oxford, lideró una investigación de la que se concluyó que estos paquidermos ayudan a sus enfermos y les rinden ho-

menaje una vez que han muerto, lo que se relaciona con el hecho de que son sensibles al sufrimiento y a la muerte.

⁹ Vid. cap. VI en Schopenhauer, *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, Madrid, Gredos, 1998.

¹⁰ Idem.

¹¹ Cfr. cap. 2 en Schopenhauer, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, Madrid, Alianza, 2012. A este respecto es interesante hacer notar que Schopenhauer no estaría muy de acuerdo con la idea de la evolución como adaptación al medio, sino que de acuerdo con los esfuerzos y forma de vida que adoptara el animal, así se iría modificando su constitución, esto es, no sería el medio el que moldearía la fisionomía, sino el esfuerzo de los seres cuando desearan realizar algo. Debe destacarse aquí que tal idea fue expuesta décadas antes de la publicación darwiniana de *El origen de las especies*.

¹² Schopenhauer, *El arte de conocerse a sí mismo*, Madrid, Alianza, 2014, p. 58; *El arte de envejecer*, Madrid, Alianza, 2010, pp. 42, 122, 123; *Sobre la voluntad en la naturaleza...*, pp. 84, 85, 94, 101, 105, 109, 110, 115, 116, 118, 136, 139, 142, 144, 146; *Los dos problemas fundamentales de la ética...*, pp. 68, 69, 85; *El mundo como voluntad y representación...*, pp. 37, 40, 53, 55, 67, 70, 124, 129, 168, 169; *Parerga y Paralipómena II*, Madrid, Trotta, 2009, pp. 314, 596.

¹³ Misántropo, el que odia a los hombres o a la humanidad.

¹⁴ Katafronántropo, el que desprecia a los hombres o a la humanidad.

¹⁵ El arte de conocerse..., p. 58.

¹⁶ Cfr. “El fundamento de la moral”, en *Los dos problemas...*, pp. 143-322; véase libro IV de *El mundo como voluntad...*, pp. 277-407.

¹⁷ “El sufrimiento del mundo animal se justifica solamente porque la voluntad de vivir ha de consumir su propia carne, porque en el mundo del fenómeno no existe nada fuera de ella y es una voluntad hambrienta. De ahí la gradación de sus fenómenos, de los que cada uno vive a costa de otro”, *Parerga y Paralipómena II...*, pp. 337-338.

¹⁸ *El arte de envejecer...*, p. 173.

¹⁹ *Parerga y Paralipómena II...*, pp. 385, 386.

²⁰ *Ibid.*, p. 657.

²¹ *El arte de conocerse...*, p. 43.

²² Cfr. *Los dos problemas...*, pp. 204, 205, 255.

²³ *Ibid.*, pp. 284, 285.

²⁴ *El mundo como voluntad...*, pp. 184, 187.

²⁵ *Ibid.*, pp. 232-234.

²⁶ *Parerga y Paralipómena II...*, p. 438.

²⁷ “Aforismos sobre la sabiduría de la vida” en *Parerga y Paralipómena I*, Madrid, Trotta, 2014, pp. 331-419.

²⁸ “Un amigo fiel y sincero es de inestimable valor, porque al no estar implicado él mismo, ve las cosas tal como son”, *Parerga y Paralipómena II*, p. 93; véase el §12.

²⁹ *Ibid.*, p. 133.

³⁰ *Ibid.*, p. 109.

³¹ *Ibid.*, pp. 132, 300.

³² *Ibid.*, p. 353.

³³ *Los dos problemas...*, pp. 70-71.

³⁴ *El mundo como voluntad...*, p. 100.

³⁵ *Ibid.*, pp. 52, 189.

³⁶ *Ibid.*, p. 53.

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Ibid.*, pp. 145, 229.

³⁹ *Parerga y Paralipómena II...*, p. 309.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 310.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 608, 609.

⁴² *Ibid.*, p. 312.

⁴³ Moreno Claros, op. cit., p. 251.

⁴⁴ *El arte de envejecer...*, p. 103.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 174.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 220.

⁴⁷ *Sobre la voluntad en la naturaleza...*, p. 84.

⁴⁸ *Los dos problemas...*, pp. XXXVIII-XXXIX.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 288, 291.

⁵⁰ *Parerga y Paralipómena II...*, p. 384.

⁵¹ *Los dos problemas...*, pp. 256, 257, 264, 274.

⁵² *Ibid.*, p. 281.

⁵³ *Ibid.*, p. 287; Schopenhauer, *Notas sobre oriente*, España, Alianza, 2011, p. 137.

⁵⁴ La primera se creó en Inglaterra en 1824, y fue la Sociedad para la Prevención a la Crueldad hacia los Animales. En otros países, como Estados Unidos de Norteamérica, estos grupos aparecieron hasta 1866. En su país natal, Alemania, en 2002 los animales fueron observados como objeto de la protección del Estado y actualmente Suiza los contempla como “seres” en su constitución.

⁵⁵ En 1781, en Inglaterra. En 1822, la Ley de Richard Martin trató de prevenir la crueldad hacia el ganado, logrando que el golpear o maltratar a caballos, ovejas y ganado fuera un delito, lo cual también sucedió en Inglaterra.

⁵⁶ *El origen de las especies* fue publicada en noviembre de 1859, meses antes de la muerte del filósofo, acontecida en septiembre de 1860. “Darwin publicó *El origen de las especies* en noviembre de 1859. Schopenhauer leyó una reseña en la prensa, pero

murió al año siguiente. Darwin sí leyó la obra del filósofo, por supuesto, y sabemos que tomó buena nota de algunas de sus ideas. Tuvo a su disposición tres ediciones de *El mundo como voluntad y representación*: 1818, 1844 y 1859. Las ideas de Darwin acerca de que los recién nacidos vienen con «abundante equipamiento para solventar problemas» estaba ya en Schopenhauer y sería desarrollada y ampliada en nuestros días por la neuropsicología mediante propuestas como la «teoría de la mente».” Federico Soria Estevan, “Filosofía de Schopenhauer y síndrome de asperger”, en *Schopenhaueriana. Revista de estudios sobre Schopenhauer en español*, Madrid, Núm. 1, 2016, p. 12.

⁵⁷ *Los dos problemas...*, p. 281.

Referencias

BIBLIA de Jerusalén, DDB, Bilbao, 1975.

MORENO Claros, Luis Fernando, *Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre la vida y la obra del filósofo pesimista*, Barcelona, Acantilado, 2016.

SCHOPENHAUER, *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, Madrid, Gredos, 1998.

_____, *El arte de conocerse a sí mismo*, Madrid, Alianza, 2014.

_____, *El arte de envejecer*, Madrid, Alianza, 2010.

_____, *El mundo como voluntad y representación*, México, Porrúa, 2013.

_____, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

_____, *Notas sobre oriente*, España, Alianza, 2011.

_____, *Parerga y Paralipómena I*, Madrid, Trotta, 2014.

_____, *Parerga y Paralipómena II*, Madrid, Trotta, 2009.

_____, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, Madrid, Alianza, 2012.

SCHOPENHAUERIANA. *Revista de estudios sobre Schopenhauer en español*, Madrid, Núm. 1, 2016.



Recepción: 24 de enero de 2019

Aceptación: 31 de mayo de 2019